

# TAMBIEN AQUI SE OPINA SOBRE LA EMANCIPACION DE LA MUJER

Por CARMEN VAZQUEZ-VIGO



EN los últimos números de TRIUNFO, y entre sus lectores, se ha venido desarrollando una polémica cuyo tema no puede por menos de encontrar eco en estas páginas dedicadas a la mujer: el problema de su emancipación. Leyendo las diversas opiniones que se han vertido acerca de este asunto, hay un aspecto que parece incuestionable: la mujer puede llevar a cabo con éxito tareas hasta hace no mucho tiempo reservadas exclusivamente al hombre. En lo que ya no hay tan completo acuerdo es en si conviene o no que las realice.

Algunas cartas han apuntado una posible «pérdida de feminidad» —cartas que han levantado un ruidoso coro de oposición y, por fortuna, no solamente femenino— y otras que señalaban la necesidad de efectuar una distinción, en cuanto al trabajo, entre la mujer soltera y la casada.

## la mujer en la sociedad y en el matrimonio

Que la mujer se prepare para ganarse la vida estudiando una carrera o aprendiendo un oficio, es imprescindible. Ni puede ni debe confiar su porvenir a la incierta posibilidad de contraer matrimonio. Por lo tanto, ha de estar en condiciones de subvenir a sus necesidades y, eventualmente, a las de las personas que estén a su cargo. Y aun en el caso de que no permanezca soltera, ha de poder ayudar con su trabajo a su marido, si es necesario, y no encontrarse desvalida si él desaparece o deserta del matrimonio.

Pero no son solamente razones de orden material las que determinan la conveniencia del trabajo en la mujer. Preparándose para tomar una parte activa en la sociedad a que pertenece, desarrolla su personalidad, se convierte en un elemento vivo, actuante, productivo. Adquiere conciencia de su valor, de su capacidad de colaboración. «Toma parte». Sabe que nada de lo que ocurre junto a ella debe serle indiferente y que su acción y su pensamiento pueden, en mayor o menor gra-

do, alterar el rumbo de las cosas. En una palabra: adquiere la dignidad y la responsabilidad propias del ser humano.

Este grado de evolución de la mujer es deseable no sólo como beneficio de sí misma y de la sociedad, sino del marido y de los hijos. Es así como puede cumplir, en cuanto tiene de fundamental, su misión de compañera y madre. El hombre encontrará en ella verdadero apoyo, comprensión amplia a sus problemas, y los hijos una guía equilibrada y recta.

La labor de educación, que desde siempre se ha confiado a la madre, no puede llevarse a cabo eficazmente sólo con amor, sino también con conocimiento. Y asusta pensar que una tarea que ha de repercutir en el futuro del mundo entero se confie a manos incapacitadas.

## trabajo por necesidad y trabajo por vocación

Ahora bien. ¿Debe la mujer que trabaja continuar haciéndolo después del matrimonio?

Si no tiene hijos y si su actividad la satisface, parece razonable opinar que sí. De ello resultará un mejor nivel económico para el hogar y, lo que es igualmente importante, permitirá que la esposa disfrute de un buen equilibrio psicológico. Abandonar una tarea que se ha llegado a realizar luego de años de esfuerzo, a la que se ha dedicado entusiasmo e ilusión, supone en muchos casos la causa de un trauma psíquico que se traduce en conflictos matrimoniales. La mujer se siente frustrada y hace responsable, aunque sólo sea subconscientemente, al marido.

Sobre esto se ha escrito mucho últimamente y se ha ironizado acerca de «la mujer que se aburre en el hogar y no se ocupa de que las cortinas estén planchadas o de que haya polvo sobre los muebles». Y la fórmula que se ofrece es simplista: que planche las cortinas y limpie los muebles y no tendrá ocasión de aburrirse. Pero es un sofisma, porque no se disipa el aburrimiento haciendo cualquier cosa, sino aquéllas para las que nos hemos

preparado, las que sentimos y conocemos, a las que hemos llegado por vocación y temperamento.

Por otra parte, el hecho de que una mujer trabaje fuera de casa no lleva implícito que ha de desentenderse de ella. Es de suponer que con su aportación económica, sumada a la de su marido, pueda disponer de una ayuda doméstica. En ese caso, no hay cerebro medianamente organizado que no consiga ordenar una casa convenientemente.

La «necesidad» de trabajar no implica solamente un imperativo material, sino también uno espiritual que no puede desdeñarse.

Pero —y aquí es donde se plantea el verdadero problema—, ¿qué hacer cuando llegan los hijos?

Pudiendo hacerlo —es decir, si la madre no se ve forzada a abandonar el hogar para procurarse fuera de él lo necesario al bienestar de la familia— es indudable que debe dedicarse, sobre todo, a los niños. A medida que el tiempo pase, que comiencen a ir al colegio, a hacerse sus propias amistades luego, y su vida independiente por fin, la madre irá recobrando su libertad de acción y podrá volver sin inconvenientes a su actividad habitual; pero mientras los hijos sean pequeños la absorberán casi por completo.

A esta solicitud del hijo, la mujer normalmente constituida responde con gozosa entrega. Si buscaba «realizarse» en el trabajo, encuentra en el hijo una nueva, más pura y esencial oportunidad de realización.

Así lo comprende el gran número de mujeres que abandonan una carrera brillante, un nombre famoso, para dedicarse por entero al cuidado de sus pequeños. Y lo más hermoso es que no lo hacen obedeciendo a ninguna presión familiar o social, sino a su propio impulso. A la comprobación de que son más felices viendo crecer a sus hijos, escuchando cómo intentan su primera palabra, que en el escenario o en el foro.

Así es, así ha sido y así será, a despecho de modas, de formas más nuevas o atrevidas.

Esta es una opinión, simplemente. Una opinión más para sumarse a las de nuestros lectores, que han sabido apasionarse con un tema que afecta a todos, hombres y mujeres.